



La madre de todas las batallas

Compilación de relatos de vida de mujeres que accedieron su la jubilación por el programa de Reconocimiento de Aportes por Tareas de Cuidado.

AUTORIDADES

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Directora Ejecutiva de la ANSES

Lic. Fernanda Raverta

Directora General de Infancias, Juventudes, Géneros y Diversidad

Lic. Paula Ferro

Redacción:
Luciana Peker

Primera edición septiembre 2023

© 2023. ANSES.

Impreso en Argentina

Publicación de distribución gratuita

Se permite la reproducción total y/o parcial con mención de la fuente.

Esta licencia abarca a toda la obra excepto en los casos que se indique otro tipo de licencia.

Material de distribución gratuita, prohibida su venta. 2023, ANSES.



Agradecemos a cada una de las mujeres que
relataron amorosamente su experiencia,
así como a las trabajadoras y trabajadores de
ANSES que hicieron posible cada encuentro.

Las páginas que siguen son un hermoso compendio de historias. Historias que reflejan una pequeña parte del enorme trabajo que implica criar a las hijas e hijos para que crezcan y se desarrollen con amor, cuidado y dignidad.

En estas páginas hablamos de madres. Hablamos de mujeres. Hablamos de cuidadoras. Hablamos de trabajadoras.

Hablan ellas mismas de sus vidas, pero también de la historia: aquella que nos propusimos cambiar, de una historia que, a pesar de todos los logros conseguidos en términos de Justicia Social, aún nos reclama y nos exige que sigamos haciendo transformaciones estructurales.

Creemos que vivir en democracia es vivir en busca de la igualdad de oportunidades, de transformar cada necesidad en un derecho. Es también vivir en diálogo con los y las otras y con las leyes, para mejorarlas y para mejorarnos como personas, como sociedad. Es construir políticas que garanticen derechos. Y aquí, en este punto es que las historias que presentamos en esta publicación, cobran vida y se entretajan.

El programa de Reconocimiento de Aportes por Tareas de Cuidado nació para llegar a ese sector de la sociedad históricamente postergado, y que es fundamental para la construcción de todo futuro posible. Implementamos una política destinada a proteger a aquellas personas que no podían jubilarse: miles de mujeres que dedicaron su trabajo, su tiempo, su esfuerzo, sus manos, a ver crecer felices a sus hijas e hijos.

Los y las invitamos a recorrer estos relatos maravillosos de grandes mujeres que construyendo futuro hicieron historia.

Fernanda Raverta
Directora Ejecutiva ANSES

Introducción

Esta publicación busca poner en valor las historias, recuerdos y sentimientos de aquellas madres que, con toda una vida de trabajo no reconocido ni remunerado, no podían acceder a su jubilación.

En 2021, un nuevo hito en la ampliación de derechos de las mujeres hizo que miles de ellas accedan a su jubilación, y que hoy sean parte de las primeras jubiladas a través del programa de Reconocimiento de Aportes por Tareas de Cuidado, creado por ANSES.

Esta medida no solo busca igualar el acceso a la jubilación, sino reconocer, desde el Estado Nacional, la importancia del tiempo que las mujeres dedican a las tareas de cuidado y el rol central de la maternidad como un trabajo no remunerado de tiempo completo, repleto de esfuerzo y amor.

En varios encuentros, algunas de estas mujeres contaron en primera persona sus historias, recorridos y anhelos. Y en esta recopilación, enriquecida por la escritura de Luciana Peker, se evidencia la importancia de ampliar derechos y de llegar donde el Estado antes no llegaba.

Desde la sanción e implementación de las moratorias previsionales de 2005 y 2014 –dos de las políticas más importantes de la historia de la seguridad social– hasta el programa de Reconocimiento de Aportes por Tareas de Cuidado de 2021, existe una continuidad histórica en la forma de pensar las políticas públicas, que no es otra que la ampliación de derechos para alcanzar la igualdad de todas las argentinas y argentinos.

La madre de todas las batallas

Reconocimiento de Aportes por Tareas de Cuidado

En el año 2021 el Estado Nacional reconoció el trabajo realizado por miles de mujeres argentinas, que durante años dedicaron su vida al cuidado de sus hijas e hijos. Mediante el Decreto 475/2021 se institucionalizó un nuevo derecho para todas ellas: la jubilación mediante el Reconocimiento de Aportes por Tareas de Cuidado.

Esta política visibiliza y repara una desigualdad histórica y estructural en la distribución de las tareas de cuidado, reconociendo y valorando el tiempo que las mujeres destinaron y destinan a la crianza de sus hijas e hijos. Pero también iguala oportunidades y genera las condiciones necesarias para que las miles de madres puedan acceder al derecho a jubilarse.

¿A quiénes les corresponde?

Mujeres con hijas e hijos, que se encuentren en edad de jubilarse (60 años o más) y que no cuenten con los años de aportes necesarios.

¿En qué consiste?

Esta política pública reconoce:

- 1 año de aportes por hija/o.
- 2 años de aportes por hija/o adoptada/o.
- 1 año adicional por hija/o con discapacidad.
- 2 años adicionales en caso de que haya sido titular de la Asignación Universal por Hija e Hijo por al menos 12 meses.



Ahora te toca a vos

Blanca Susana Serrano

“Ahora te toca a vos”, le dice su hija a Blanca Susana Serrano. La frase retumba como un permiso, aunque no tenga que pedirlo, pero también como una invitación a disfrutar de un tiempo que suele contarse como perdido o regresivo y que, para muchas mujeres, es su primer tiempo propio o compartido con hijos e hijas, pero con menos obligaciones y más posibilidades de disfrutar.

Ella elige entre sus nombres y prefiere llamarse Susana. Tiene 61 años y nació en la Ciudad de Buenos Aires. Tiene una sonrisa generosa, el pelo castaño que le cae iluminando los ojos y una remera con volados en una época donde emprende vuelo. Ella crió a cinco hijos, un trabajo multiplicado sin descanso y trabajó como empleada doméstica y en cooperativas.

En noviembre del 2021, con 60 años, se pudo jubilar gracias al empujón del reconocimiento de las tareas de cuidado. La jubilación reconoce, por primera vez, que la maternidad es un trabajo. Nadie podría decir que acostarse lavando los platos y levantarse poniendo la pava para el mate y lavando la ropa a la vez no es trabajo. Pero también es placer. Igual que a un músico le gusta tocar, a una bailarina bailar y a un médico curar, a Blanca, como a muchas madres, le gusta materner.

Su primer hijo nació el 30 de septiembre de 1986. Ella tenía 23 años. Fue amor a primera vista, aún cuando es un amor que se va gestando, mientras dura el embarazo. Pero se expande para toda la vida. “Me enamoré de él cuando lo vi por primera vez, hoy tiene 38 años y nunca cambió conmigo, es amoroso y compañero”, destaca. Ella tiene cuatro hijos varones y una hija mujer a la que describe como “bella y amorosa, siempre dispuesta a ayudar a mamá”.

Su hija le pinta las uñas, la “ayuda con el cabello” que es una forma de darle color, formas, cepillo y charlas a los cuerpos que se entrelazan para hablar. Y, además, la reta para bien, todo un término. “Me reta siempre para bien, que salga y que disfrute de la vida”. Ella me dice: “Ma, ahora te toca a vos”.



Blanca Susana Serrano

A su último hijo lo tuvo a los 38 años. En total, estuvo 15 años entre embarazos y partos y de 6 décadas de su vida pasó 4 criando, cuidando, retando (y dejándose retar). La maternidad no sólo es su vida, sino que fue la ocupación central en gran parte de su tiempo. La paternidad no siempre acompaña la entrega física y vital que implica criar. Pero, muchas veces, además se maneja con impunidad en una casa en donde la voz se levanta como forma de atormentar. “Cuando mis hijos eran chicos sufrimos mucho porque el papá era un hombre que trabajaba, pero muy egoísta y represor, siempre con gritos y penitencias que me dolían hasta que empezamos a crecer todos”, relata.

En el embarazo de su último hijo, su marido la quiso obligar a un aborto forzado. “Mi marido no quería que lo tenga, me pidió que lo aborte y como me negué se fue de mi hogar”, cuenta y repite “Nos abandonó” y vuelve a explicarlo con otras palabras que para ella fueron una desolación inexplicable: “Se fue de casa”.

No fue un marido que se separó. Fue un padre que se desentendió de sus responsabilidades. No es irse, es borrarse y dejar en el desamparo a su familia. “Vivíamos en una casilla donde pasamos frío y, por momentos, hambre”. La relación entre maternidad y trabajo debería tener un puente para poder tener ingresos y acurrucar de noche o ir a buscar a la escuela de tarde. Pero, en la mayoría de los casos, ese puente está roto y si una mamá no tiene ayuda (aunque la maternidad debería implicar responsabilidades paternales, públicas, comunitarias y privadas) se queda de un lado del río sin poder cruzar al otro porque no hay puentes: ni escuelas con horarios extendidos, ni cuidadoras, ni trabajos que se adapten a las que tienen otro trabajo principal, la maternidad.

“No podía trabajar, mis hijos eran chicos, no tenía quien los cuide hasta que comenzaron la escuela”, apunta. No es una historia a la que se vuelva de paseo, pero aún de las tormentas se resalta el refugio. “Pasamos momentos tristes y hermosos que hoy son anécdotas cuando nos juntamos, siempre juntos, como la gallina y los pollitos”. Susana tiene 9 nietos (6 nenas y 3 nenes) a los que llama la “frutilla del postre” y que, como todo postre, los disfruta. “Me hacen más que feliz”, remarca. “Los domingos y los cumpleaños nos juntamos todos, solo que ahora los pollitos son pollos y dieron su fruto”.

A los 60 años pudo jubilarse y la asociación no es, sólo, con la supervivencia, sino con el goce, después de esfuerzos, padecimientos y desamparos. “La disfruto tanto”, destaca. Y su mayor logro fue viajar a Bariloche. Al país que solo veía en las fotos, al sur de una patria en la que estudiantes despiden su adolescencia y ella le dio la bienvenida a una madurez del disfrute. Por eso, festeja: “Qué bueno que nos reconozcan el más lindo de los cuidados: el de los hijos”

13 Hijos, 38 nietos y 4 bisnietos

Yolanda García

Yolanda García tiene 62 años, 13 hijos/as, 38 nietas/os y 4 bisnietos. Ella gestó, parió, crió y cuidó. Se casó a los 16 años y fue mamá, por primera vez, a los 17 años. “Ahí empezó mi batalla con la vida”, define. “Me separé cuando ya era madre de 5 hijos”, cuenta. Y dice que le costó sangre, sudor y lágrimas sacarlos adelante. Pero que sigue luchando. Vive con 7 de sus hijos en el mismo terreno y comparte sus días con 11 nietos. Los prejuicios hay que dejarlos de lado. Porque cada uno es único. “La gente me solía decir: Yoli, vos parece que no hubieras parido nunca porque cada vez que parís es como si fuera el primero”. Así es la vida: vivo por ellos, no existe nada más para mí, la sufro y la sufrí pero quién me quita el despertar junto a mis nietos”, rescata.

Yolanda vive en Mar del Plata. Cuidó a ese familión y, además, trabajó 28 años fuera de su casa. Accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado en mayo del 2022. Cuando fue a hacer los trámites les dijo a “las chicas del ANSES” que eran muchas partidas y que no tenía todas. Claro, no es un papel, sino una biblioteca. Pero esa cantidad de papeles representa el trabajo de una vida y de 13 vidas que fue reconocido para que -además de valer la pena- valga la alegría.



Yolanda García

Después de 9 hijos quiere ser analista de sistemas y tiene candidatos en lista de espera

Sandra Amelia Cuñado

“Mis hijos son lo mejor que tengo en mi vida”, siente Sandra Amelia Cuñado, con una personalidad rutilante y un look impactante, con maquillaje oscuro y un corte entre punk y a la garzón. Tiene 9 hijos, así que es un montón lo que ella valora tanto. Pero no es una madre abnegada que piensa que su vida empieza y termina en la procreación. Se separó hace 5 años, después de 35 años de matrimonio, del padre de sus 9 hijos. Y se siente plena y en actividad. Para empezar, da cátedra: “Con respecto a mi vida amorosa tengo lista de espera”.

La diosa marplatense pone límites a lo que no quiere repetir y a lo que todavía prueba. “No volvería a convivir con un hombre”, declara sus principios: el cuarto propio, la intimidad en el baño y la cocina a sus anchas. La experiencia no la hace sumisa sino una leona que sabe marcar la cancha. “Soy totalmente libre y edición limitada”. Pero además alecciona sobre romances: “La palabra que al hombre lo conquista es ‘no me des amor’”. Y ostenta su cosecha de pretendientes: “Tengo varios enamorados”. De todos modos, vuelve a la advertencia: “Pero no quiero pareja de nuevo, así estoy bien”.

Ella sufrió violencia. Si se arreglaba su ex pareja le decía que era para irse con otro. Ella le daba otra oportunidad hasta que pudo plantarse y decir “no”. Por eso, ahora el no, ya es un principio para ella: “No vuelvo a formar pareja después de 35 años de matrimonio. No quiero volver a poner el corazón en fuego”. Y destaca: “Ahora me amo y mi prioridad soy yo”.

“Yo siempre voy por un poquito más”, alecciona. ¿Sus planes? Terminar el secundario para poder estudiar y ser analista de sistemas. “Tuve la suerte de haberme jubilado”, se alegra.

Sandra tiene 61 años y planes para esta etapa de la madurez adolescente en donde resplandece por donde se la mire. Ella vive en Mar del Plata y accedió a

la Jubilación por Tareas de Cuidado, en mayo del 2022. En el día de la madre no se les ocurra regalarle -ni publicitar- una batidora. Ella quiere salir a cenar. Ella quiere ir a bailar. Ella quiere ir a dar una vuelta en el auto. Pero batidora no. Te lo pido. Te lo pide.

Y proclama: “Esta abuela está disfrutando”. El lema podría ponerse de advertencia en whatsapp cuando quieren que la jubilación sea una contratación para cuidar nietos sin contraprestación o a los que creen que abuelita es una señora gris, con anteojitos redondos, la espalda encorvada, dos agujas en la mano y que sólo espera la noche para ir a dormir temprano. Ella se define como una abuela diferente.

Vive con su hija de 18 años y su hijo de 37 que le pidió quedarse hasta que consiga alquilar. “El nene no tiene un elástico, tiene un imán”, bromea. Y compara a sus hijos con los dibujos animados más clásicos. Ella parece Lisa Simpson y él Bart. “Cuando están los 2 se pelean. Pero qué voy a hacer, es el nene. No puedo hacer que se vaya”, argumenta. Pero eso sí, en su casa dice que va a poner otro cartel: “punto de encuentro” porque sus 9 hijos (7 mujeres y 2 varones) van para encontrarse entre ellos.

Su hijo mayor tiene 40 y vive solo. Sola es una palabra que ella no conoce. “Imaginate en qué momento voy a estar sola, nunca”.

“Lo que más disfruto es ser libre e ir a bailar”, proclama. Y enseña: “No soy una abuela muy convencional, no me va atrapar la muerte atrás de la puerta. Me gusta ir a bailar, me gusta salir a caminar”. Y cuenta su próximo plan: “Me voy a comprar una moto para sentirme libre y que me agilice ir a trabajo”. Repitan con ella lo que repite ahora la abanderada de la libertad: “Yo me quiero, yo me amo, yo me cuido”. “Hay que disfrutar el resto de la vida que nos queda, poca o mucha, hay que disfrutar”.

Su secreto anti age no son cremas ni huírle a la edad, pero es una actitud a prueba de calendarios: “No hay que envejecer mentalmente, la edad es solamente un número. Mientras una tenga espíritu y actitud para seguir adelante las arrugas no significan envejecimiento sino vida y experiencia. Jubilarse no significa que tengas que dejar de vivir, al contrario, es otra etapa de la vida que se tiene que disfrutar con más fuerza”.

La recompensa de salir a pelear con todo en contra

Alejandra Díaz

“Por ser mujeres se dificulta poder salir adelante porque no hay posibilidades de trabajar como una quisiera, ya que una tiene que dedicarse al cuidado de los hijos”, explica Alejandra Díaz. Y en esa explicación está condensada la teoría económica que explica por qué las mujeres tienen menos actividad remunerada, más desocupación, menos aportes y más dificultades para jubilarse. Cumplir horario, no faltar al empleo, conseguir cuidadoras (y pagarlas), llegar a la puerta de la escuela como si se fichara horario de madre abanderada y marcar tarjeta como si se fichara horario de empleada del año son ideales que chocan entre sí y nos dejan a las mujeres con la lengua afuera, los bolsillos agujereados, el alma con culpa y la vida desblindada de reconocimientos y amparos.

Alejandra Díaz lo resume a sus 61 años: “Durante toda nuestra vida tuvimos que salir a pelear con todo en contra: no tener quién cuide a los hijos y no conseguir un trabajo acorde para no descuidarlos”. Si una brújula dijera que hay que agarrar al norte y al sur al mismo tiempo diríamos que la bruja está descompuesta o el viento sopla para todos lados. Eso le pasa a las madres: se les pide que se queden y que se vayan, que cuiden y que trabajen, que estén y que salgan, que no sean mantenidas y que no deleguen hacer la sopa y llevar a los chicos a la plaza. Es una contradicción social que deja a las madres solas y acompañarlas no es sólo un acto de buena fe, de solidaridad o de gentileza, es una forma social de admitir que las maternidades no pueden producir solas la crianza, sino que deben estar espalda con espalda con los varones, la comunidad, las empresas y el Estado.

Alejandra tiene 5 hijas/os y vive en Mar del Plata. Ella, como teoriza con su lengua simple y clara, cuidó de su familia, hizo tareas domésticas para otras familias y fue vendedora. “Te reinventás mil posibilidades para sobrevivir”, define. Y prioriza: “Te organizás en busca del bienestar de la familia”. Pero esa organización no es la de ordenar los placares por colores o guardar los botones en cajitas y las medias como si fueran nudos circulares. Es la organización de ver cómo se sale a la calle sin pisar el suelo del desasosiego. “Tenés que enseñar a tus hijos a compartir



Sandra Amelia Cuñado



Alejandra Díaz

un par de zapatillas para ir a la escuela y pasar el tiempo diciendo ‘no se puede’, correr para comprar y buscar precio y hacer malabares para que no falte el pan en la mesa. Por suerte, al poder jubilarme, me siento tranquila porque mis hijos ya están criados y yo completé mi deber de madre”. Y lo mejor: “Ya no doy un no como respuesta. Ahora puedo acompañar y resolver muchas cosas”.

A los 15 en vez de fiesta trabajó con cama adentro

Blanca Ester Báez

Blanca Ester Báez no recibió los 15 con vestidos, viajes, fiestas, videos o velitas. Ya no había tiempo de seguir estudiando, jugando o colaborando en la casa. Tuvo que empezar a trabajar y, más que a trabajar, a vivir por y para trabajar y en el trabajo. “Cama adentro” es la expresión que define a una Argentina en donde las que podían no hacían las tareas domésticas, ni de día, ni de noche, ni a la siesta, ni los sábados y las que no tenían no podían ni volverse a su casa a desempolvar las tareas y respirar su propio aire.

Ella nació en Misiones, hace 64 años, antes de los años 60 empezar a trabajar de empleada doméstica sin descanso ni sábanas propias era una costumbre que muestra, también, cómo cambiaron los derechos más básicos: que el trabajo empiece más tarde y que se termine más temprano. Ella lleva 31 años haciendo tareas domésticas en casas ajenas.

En diciembre del 2021, a los 63 años, en La Plata, donde vive actualmente, accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. Ella tiene 4 hijos de los que se siente muy orgullosa y 7 nietos a los que disfruta. Los crió, pero eso no es todo, los crió sola. “Como pude”, dice, que también es una frase que sintetiza la diferencia entre lo que se quiere y lo que aparece en el horizonte de lo posible. Pero, además, no solo crió a sus hijos aunque en los papeles las otras crianzas no figuren. “También crié a mis sobrinas”, recuenta sobre un vínculo (el de tía) que es menos conocido y reconocido todavía que la maternidad. Además su nieto vivía con sus otros abuelos y se fue a vivir con ella porque “no podían con él” y ella se siente orgullosa de su superpoder de sí poder con él.

Las madres no tienen currículum, pero deberían. En el suyo aparecería la frase que más orgullo le da: “Tengo hijos muy buenos”. Ella, después de tres décadas de trabajo, disfruta de sus hijos y nietos y sigue trabajando. “Para mí es una terapia”, valoriza. Se define como familiar, por eso, le gustaría viajar, pero para visitar a sus tíos. Con la jubilación puede hacer planes y eso es mejor que estar atada a una obligación hasta en los sueños.

Volver a las maderas con los nietos para cubrir el dolor de perder a una hija

Cristina Frutos

Cristina Frutos nació en Misiones. Tiene 61 años. Vive en Pilar. En agosto del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. "Soy mamá de diez hijas e hijos hermosos de los que estoy muy orgullosa", se describe. Pero en la descripción hay alguien que falta y hay un duelo que forma también parte de la carta de presentación: "También tuve la desgracia de perder una hija que me dejó 6 hermosas nietas".

Cristina se convirtió en heroína y cría a sus nietas y a su nieto más chico que tenía menos de 2 meses (nació el 17 de noviembre y su hija murió el 5 de enero del 2014) cuando falleció su mamá. "Empecé de nuevo con chupete, maderera y pediatra", enumera.

Ella ocupa el lugar de madre y abuela. Su nieto ya tiene 8 años. Ella también lo llevaba al colegio hasta que le agarró diabetes permanente y, después de la pandemia, no puede caminar. Las injusticias inexplicables no tienen nombre. Pero hay otras injusticias que sí lo tienen. Machismo y desresponsabilidad de cuidados. "El papá de los chicos no se hizo cargo y vive a una cuadra y media".

La irresponsabilidad paterna es un problema mayor. La violencia familiar es un drama imperdonable. Ella tuvo que sobrepasar el nudo del duelo de la hija para cuidar a las hijas y a los hijos de su hija. "Yo no tuve tiempo de hacer el duelo porque tenía a los chicos para seguir luchando", plantea y valoriza: "Los hijos y los nietos son la riqueza más grande que tiene una".



ANSES

Shirley Zavala

Una casa en donde se habla inglés, ruso y portugués

Shirley Zavala

“Ser madre fue, es y será lo más importante que me pasó en la vida”, recalca Shirley Zavala, de 61 años, que vive en Tolosa, La PLata. La maternidad no puede ser una imposición, pero sí una elección. Las sensaciones y experiencias no son para todas iguales, pero para muchas, no es un peso, ni una obligación, ni una distracción. No es que la maternidad es mejor, ni que las hace mejores. Pero sí que las madres que pueden disfrutar de su maternidad sacan a la luz un placer de cuidar, criar y compartir que va más allá de los mandatos o de los encierros y que tiene que ver con una felicidad genuina.

Shirley tiene 2 hijas y 1 hijo. “Son 3 hijos maravillosos”, los ensalza. Evelyn (36), María (32) y Gonzalo (31). “Estudiaron con el esfuerzo de mi marido y mío para que tengan un futuro mejor y puedan independizarse”. Evelyn es periodista deportiva y estudia inglés y ruso; María es profesora de portugués en la Facultad de Economía y Licenciada en Turismo, y Gonzalo es Técnico en Refrigeración. Además está Malena (la hija de María), de 19 años.

¿Una definición de abuela? “La felicidad más hermosa que me pudo suceder”. Ella trabajó 32 años en la atención en comercios y en el Instituto de la Vivienda. En febrero del 2022 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. No dejó de trabajar, todavía dice que ayuda (pero no es solo un gesto solidario, sino también una forma de trabajo comunitario) en el Centro de Jubilados “Corazones unidos de Tolosa”, una tarea que comparte con su marido. Ella no quiere un beneficio propio, sino beneficios compartidos y plantea: “Pido para cada mujer que pueda jubilarse y que puedan ser felices con el sacrificio que cada una hizo”.

Trabajar 27 años para que se cumplan las leyes, pero que no las cumplan con ella

Cristina González

Cristina González trabajó 27 años haciendo procuración para un estudio jurídico contable. En definitiva, la que corre, trae, lleva, espera, sube escaleras y hace el trabajo pesado del pago de impuestos y las causas judiciales. Sin embargo, a ella, solo le aportaron 3 años. Por eso, por la informalidad laboral que ataca, especialmente a las mujeres, aún a las que ayudan a que haya justicia y la economía funcione, se jubiló con la ayuda de la Jubilación por Tareas de Cuidado en noviembre del 2021, a los 62 años, en Berisso.

Ella tiene 63 años. Nació en Buenos Aires y a los 20 años nació su primer hijo, Lucas. “Fue increíble la alegría”, destaca. Y agrega con nostalgia “traté de disfrutarlo lo más que pude”. Disfrutar y trabajar no son compatibles en una sociedad que le dice a las mujeres que sean madres pero que no ayuda a que puedan serlo. “Trabajaba en un estudio jurídico y hacía doble turno, quería tener otro pronto, pero el trabajo no me permitía, pensaba que no iba a poder hasta que llegaron los 28 y me decidí: ahí nació Agustín”. Ella lo define como “otra bendición”. Y las reparte: “les deseo a todas las madres que tengan una familia bendecida y puedan disfrutar mucho de ser mamá que es lo más lindo que nos puede pasar”.

El camino de flores que ella piensa para la maternidad no quita, sin embargo, las dificultades. “Criarlos me costó mucho porque no me alcanzaba el tiempo”, explica. Si no alcanza el dinero es un problema y, si no alcanza el tiempo para tener dinero, también es un problema. La maternidad es una calesita en donde hay sortijas que traen más vueltas y, a la vez, caídas, dificultades, piedras que son difíciles de sortear. “Lo padecí y lo disfruté”, balancea. Y concluye: “Hoy son hombres y me siento muy feliz y orgullosa”.

“Tengo una hermosa nieta de 20 años que es mi vida”, subraya. Pero su vida es mejor a partir de la jubilación. “Me cambió la vida, la salud, el humor”, describe. La jubilación no es chiste.

Siempre faltaban cinco para el peso

Adriana Moulia Cap Saint Jean

“Me costó todo; desde parirlos hasta educarlos y mantenerlos. Siempre faltaban cinco para el peso”, define de un sopetón, en lengua bien criolla, Adriana Moulia Cap Saint Jean. La maternidad es esa balanza que nunca llega al peso justo, siempre falta, siempre sobra, siempre hay una línea de fiebre, se juntan los cumpleaños a los que llevar, siempre hay uno que quiere ir a jugar al fútbol y otro que prefiere no salir a pasear, siempre está el que el tomate le gusta mucho y al que no se le puede poner cebolla en el tuco. Siempre en la maternidad el equilibrio dura apenas unos segundos de éxtasis y todo vuelve a derrumbarse para volver a juntar las piezas de ese rompecabezas permanente que es criar.

Adriana tiene 61 años, vive en Mar del Plata, es mamá de 5 hijas e hijos, trabajó en comercios, en ventas y en el cuidado de su familia. A los 60 años, en noviembre del 2021, accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. La jubilación no le dio solamente una asignación, sino también le generó una identidad al reconocer su esfuerzo. “Soy yo”, dice ella y reafirma: “Así me sentí al poder acceder a mi jubilación por cuidados”.

“Después de tener cinco hijos, un marido y una casa que dependían de mis atenciones pensando que ya no tendría acceso a nada, llegó la noticia que podía lograr la jubilación”, se alegra. Pero, como toda alegría, trae un balance en el que hay muchos recuerdos, amarguras y satisfacciones: “Por supuesto nada fue fácil. En 40 años de casada pasamos muchas cosas malas y buenas. Pero mis hijos saben que pueden contar conmigo”, proclama como una cláusula de incondicional que da raíz, piso, estabilidad y confianza afectiva, acciones devaluadas en el mercado de capitales, pero el capital más alto que puede tener una sociedad si quiere invertir en salud emocional, mental y vital.

De todas maneras las jubiladas del siglo XXI no son un espejo de dedicación al infinito y de entrega sin reciprocidad y sin tiempo y espacio propio. No, momentito. Los ingresos y los momentos son propios. “Hoy sigo cuidando nietos pero primero estoy yo para cuidarme y hacerme valer aunque mi familia sea lo más importante”, destaca.



Adriana Moulia Cap Saint Jean



Nilda Rosa Andreoli

Lavar los pañales a mano deja huellas

Nilda Rosa Andreoli

Nilda Rosa Andreoli se cubre el pecho con una bufanda y junta las manos para la foto. Pero sus manos esconden los secretos de una maternidad cruda en la que los pañales eran de tela y no se descartaban, sino que había que lavarlos para poder cambiar a sus hijos. Encima ella fue madre a los 16 años y casi que cambió su adolescencia por la maternidad. La cambiaron, en realidad, en Entre Ríos, entre la fuerza y la obligación que encontraban menos formas de escaparse de la sumisión de las que se presentan hoy.

Ahora tiene 65 años y vive en La Plata. Tiene 3 hijos (Marcelo, Luis y Gastón) y 1 hija (Maira). Ahora tiene nietos y bisnietos. Siempre atendió comercios y, en enero del 2022, accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Los crié sola con mucha lucha, en esa época no había pañales, todo se lavaba, eran épocas duras”. Es viuda hace 7 años y acompañó a su esposo durante 16 años de enfermedad. Y lo refuerza: “Sí, las mamás cuidamos a los hijos y al marido también...”. La tarea de cuidados, igualmente, no se jubila. “Hoy por hoy cuido a mis nietos para que mi hija trabaje”, relata. Pero también tiene su tiempo propio. “Con la jubilación me cambió la vida -subraya-. Hoy puedo disfrutar con amigas en el centro de jubilados”.

Las hijas tatuadas en la piel

Silvia Noemí Nievas

La palabra “madre” lleva mandatos, miradas, juicios, prejuicios, trabajos, sacrificios y tareas que se dicen de memoria: cambiar pañales, dar la teta o la mamadera, llevar al colegio. La maternidad se piensa -con cargas, cuidados y culpas- como una etapa de la vida en la que se crían bebés y niños pequeños. Pero la maternidad es mucho más que eso, va mucho más allá, llega a la adolescencia, traspasa a la juventud y sigue en la adultez. Esa maternidad para siempre es una maternidad de la que no se habla. Sin embargo, en muchos casos, es de los desafíos más difíciles, complejos y desafiantes para una madre que, en vez de ser comprendida y acompañada, padece los problemas en soledad y sin que la maternidad parezca acompañar esas etapas.

Silvia no solo cuidó de sus tres hijas, sino que también tuvo que atravesar el consumo problemático de una hija y ayudarla en su conflicto con las adicciones. Eso es lo más difícil que le tocó. No hay nada que lo alivie, pero sí algo que puede, al menos, reconocer esa tarea e intentar colaborar para que se pueda seguir adelante. Además ella no solo trabajó para su familia, sino que toda su vida, desde los 18 años, trabajó en casas de familia.

“Estuve toda mi vida limpiando por todos lados”, rememora. Ese trabajo que parece invisible pero aparece más visible cuando hay pandemia o las tazas no están lavadas, las sábanas no están extendidas, no hay medias limpias, la camisa no está planchada, es un trabajo que se ve cuando falta, pero que no se valoriza cuando las arrugas no están en el cuello de quien se abrocha los botones sino en las manos de quien pasa el peso del calor para detener el efecto de los pliegues.

La escoba se aprieta con las muñecas, la palita se recoge agachada, la ropa se friega con los nudillos, el escobillón se bambolea con fuerza. El esfuerzo físico genera consecuencias, pero el trabajo generalmente no se nota, se paga mal y no se anota en la formalidad. “Toda mi vida trabajé y tengo tres prótesis: dos de rodilla y otra de cadera”, enumera.

ANSES

Silvia Noemí Nievas



Por eso, aunque cueste y el cuerpo tenga las marcas, la jubilación es tomada como una posta para dejar de agacharse y erguirse ante un retazo de felicidad que todavía palpita en el presente y habita la posibilidad de futuro.

- ¡Hija! ¡Me voy a una reunión, por las jubiladas!, avisa Silvia y obtiene como respuesta:

- ¡Andá mamá! Es hora que disfrutes vos, que tanto hiciste por nosotros.

Silvia Noemí Nievas tiene 63 años, vive en Tolosa y tiene 3 hijas. En febrero del 2021, a los 62 años, accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Estoy muy orgullosa de mis hijas, aunque las crié con dificultades y la mayor tuvo muchos problemas de adicciones”, remarca. También puede dar recomendaciones: “Yo quiero decirle a todas las mamás que cuando dicen ‘Mi hijo no se droga’ no se confíen porque una hija sale del cordón y no se sabe lo que hace. Yo le decía a mi hija que tenga cuidado con esto y con los otros, pero, igual tuvo sus errores”. Y evalúa: “Ahora gracias a Dios está bien, pero pasé muchas cosas”.

“Hoy siento que la jubilación fue un premio para mi esfuerzo de trabajar y criar a mis hijas, un premio que me hace vivir una nueva etapa en la que puedo compartir momentos buenos y, por fin, disfrutar -valoriza-. Fue muy difícil lo que pasé, pero amo a mis hijas y las tengo tatuadas en mi piel”. Ella se desgastó las articulaciones sacando la basura y pasándole lustre a los pisos y los muebles de los demás. Pero no hubiera llegado con los aportes a la jubilación. Ahora, con las operaciones, puede caminar y también caminar con otra articulación estatal para reconocer ese trabajo que sus huesos sienten pero del que, antes, todos se desentendían.

Disfrutar la cosecha

Mirtha Gularte

Mirtha Gularte tiene 61 años. Nació en Posadas, Misiones. Vive en Pilar. Tiene 3 hijos. Fue empleada administrativa durante 23 años. En mayo del 2022 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Soy una madre orgullosa”, se define. Crió sola 3 hijos (2 mujeres y un varón). Pero no es solo una escarapela de mandatos, esfuerzo y deber ser. Es también una alegría. “Lo que más me gustó de ser madre es que hoy puedo ver que las personas que crié son buenas personas”, se enorgullece.

Su hijo mayor es programador y vive solo, la hija del medio es mamá y le dio una nieta y la menor todavía vive con ella y estudia Veterinaria. Pero no se trata de mostrar el currículum o la foto a las amigas. La crianza es una experiencia intransferible. “No fue fácil”, acepta. Y remarca: “Fue difícil, pero no imposible”. Y por eso, les desea a las madres que vienen que “la vida no les cueste tanto sacrificio”. Su deseo no es solo personal, es colectivo: “Me gustaría que todas las mujeres puedan disfrutar de su jubilación como yo, en paz y feliz de cumplir como madre, en esta Argentina siempre complicada y que puedan ser reconocidas como la base de la sociedad”.

También, por eso, reivindica la posibilidad de jubilarse y remarca: “Ahora es el momento de disfrutar la cosecha”. ¿Cómo disfruta?: jugando con su nieta, tomando un té y charlando con su hijo y compartiendo el día a día con su hija menor.

Las de sesenta son las nuevas mochileras

María Cecilia Calcagno

María Cecilia Calcagno tiene un plan y una mochila, seguir un mapa y perderse, conocer y desconocerse, aprender y desactivar las notificaciones, hablar con extraños y maravillarse con lo desconocido, no saber de la misma almohada, pero ver otras caras de la luna. A ella le gusta viajar y después del trabajo, la militancia y la maternidad no la para ni la culpa, ni los reclamos para que se calme y se quede tranquila. Ella quiere hacer lo que siempre quiso: ser una viajera.

María Cecilia Calcagno tiene 62 años, nació en Berisso y vive en La Plata. Tiene 6 hijos: 3 mujeres y 3 varones. Fue mamá adolescente a los 16 años, mientras estudiaba en el secundario y militaba en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en el comienzo de la dictadura militar: 1976, una fecha que da escalofríos y que hacía desaparecer o crecer de golpe a quienes querían estudiar, viajar en colectivo o pensar en los demás.

La maternidad siempre es política, pero en ese momento de muertes, torturas y persecuciones, la maternidad daba una esperanza de sobrevivir a la edad en la que recién comienza la vida. "Tener una hija fue la esperanza de vida en esos años", reivindica. Y también a cada uno de los que llegaron después: "Lo mejor que he hecho fueron mis 6 hijos". Y la relación familiar de otros modos de familia con generosidad, libertad y amor genuino: "Ellos me devuelven mucho amor, respeto, me enseñan y desean que tenga una vida interesante".

La maternidad no tiene sólo una cara o un lado A y un lado B, tiene múltiples formas, momentos y complejidades. No se trata de idealizarla, ni de demonizarla, de volverla una carga sin contrapesos, ni de solo mostrar flores donde hay sinsabores. Pero hay balances en los que la maternidad sale ganando: "He amado tener hijos, no fue fácil, pero me fueron acompañando en vida, en mis ideales y me hicieron felices", resalta. Y también contrasta con la enumeración de fantasmas: los

momentos difíciles, la falta de dinero, el miedo a faltarles, el crecimiento y la cercanía a los peligros con la droga y el alcohol. Igual, en esa balanza que siempre sube y baja, gana lo que se gana con la maternidad. “Hoy puedo decir que es más lo bueno que lo malo, seguro porque lo veo a la distancia”.

Fue administrativa durante 22 años en el PAMI. En ese puesto logró aportar por 18 años. Antes no solo no estaba formalizada, estaba perseguida por el Estado. En mayo del 2022 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Quiero para las nuevas mujeres, más derechos y que con la lucha de las mujeres y el Estado presente logremos más equidad”. Eso sí, las grandes consignas se pueden conjugar con las bromas. “Estoy en la cama que hace frío”, les dice a sus ex compañeras de trabajo cuando las llama. Y también se tiene que bancar cuando le dicen “Ahí llegó la jubilada” o sus hijos la cargan con el mote de “la abuelita”. Ella no es de las que pone buena cara y se la banca.

¿La solución? Mochilear. “Me voy de viaje para no ver a nadie de toda esta gente que me dicen cosas que se supone que a una le tiene que agradar. Ahora la entiendo perfectamente a mi mamá. Por eso a mis hijos les digo: “cuando a ustedes les llegue la edad, van a entender todo lo que no entienden”. Y voy a viajar sola”.

¿Cómo se animó? Hace 6 años, con un ex novio, tenían planeado un viaje a Brasil. Se pelearon y ella se hizo la pregunta: ¿Viajo o no viajo? Votó sí. Y le cambió la vida. “La experiencia de viajar sola es lo más rico que me pasó”, resalta. “Si voy con alguien tenemos que decidir a dónde vamos, qué hacemos. En cambio, viajo sola y hago lo que quiero. Y me pasaron cosas maravillosas, maravillosas, maravillosas...”. Ella duerme en hostels, como las estudiantes o jóvenes, va a países de los que no sabe el idioma y el cuerpo y el alma encuentran recompensas que no son tan fáciles de recibir a la vuelta de la esquina. “He tenido más novios de los que tengo acá”, festeja y le festejan, las otras mujeres con aplausos.



Mirtha Gularte



Maria Cécilia Calgagno

La voz propia

Patricia Portela

La voz la define. La identifica. La potencia. Se vuelve eco de su creatividad y firmeza. Y devuelve a las otras una presencia clara y dulce. Patricia Portela es locutora y escribe y cuenta su historia, pero es la voz de las otras. Ella vive en La Plata, tiene 3 hijas y trabajó en la crianza, en gastronomía y en locución. En agosto del 2021 accedió, con 60 años, a la Jubilación por Tareas de Cuidado.

Patricia cuenta, con su propia letra, su historia:

Noviembre de 1984: me siento rara. La comida me cae mal. Seguro fue la milanesa, quizás freí con poco aceite, esta noche como otra cosa. Mamá me mira, me observa, siento su mirada distinta. Ceno un bife con ensalada ¡qué descompostura!

Hace un año que estoy de novia, tengo veintidós años, sin planes de casamiento. Mi mami no aguanta más y me dice: "Patri ¿no estarás embarazada?" Me quedé helada. Me asusté, pero me emocioné con esa posibilidad.

5 de agosto de 1985: nació Mailén, 3.800 kg. Una beba hermosa. Comenzó mi tarea, ya no me llamo Patricia, Mailén me puso el nombre más hermoso, ahora me llamo "mamá".

8 de agosto de 1985: es mi cumpleaños, pasó de largo, me importa más que Mailén esté bien, no festejé. ¿Para qué?

Noto que duermo poco, por momentos me duermo con Mailén prendida al pecho, tengo que apoyar los pies en el suelo para tocar el frío y no dormirme. Mailén ya tiene cinco años ¿Cómo pasó tan rápido? Claro, entre mandados, atención de la casa y de su papá, planchar, lavar, no me di cuenta de lo rápido que transcurre la vida.



Patricia Portela

27 de abril de 1990: nace Naymé, mi segunda hija. Otra vez no duermo, pero ahora ya llevo a Mailén al jardín. Se hace tarde para los mandados, corro, cocino, lavo, plancho, y ya ni me peino. Naymé me lleva tiempo.

22 de julio de 1992: nace Nahuel, un bebé de 4.200 kg. Se repite la historia, no duermo, corro, ahora llevo a May a la escuela, Naymé es bastante inquieta y Nahuel quiere teta todo el tiempo. Lavo, plancho, atiendo la casa, mi marido. ¡Qué difícil es ser mamá y esposa!

Marzo de 2001: me separé. ¿Y ahora? ¿Cómo me mantengo con tres hijos? Mi marido no quiso que trabajara nunca porque "la mujer tiene que estar en su casa". Se hace difícil pero me anoto en un comedor y, como me gusta cocinar, soy "la cocinera" y, después, "la coordinadora" pero soy voluntaria. Mis hijos almuerzan pero necesito generar ingresos. ¡Ya sé! Tengo \$2, compro harina, levadura y puré de tomate, hago cinco prepizzas y las ofrezco. ¡Ahora sí! Tengo ingresos, la venta es exitosa. A mis hijos ya no les falta nada. Amaso día y noche, a veces me duele la espalda, pero hay que seguir.

Agosto de 2021: tengo turno en ANSES. Llevé planillas. Llevé partidas de nacimiento. Ya tengo 60 años. Veré si puedo jubilarme.

Noviembre de 2021: ¡cobré mi primera jubilación! Mis hijos felices, mis nietos me dicen "Abuela, estás viejita" y yo los miro y sonrío. Y es ahí cuando les digo "¡Ahora soy una viejita feliz porque la abuela comienza a disfrutar!

Cocinar juntas por videollamada

Beatriz Olga Castillo

Hola hija: aunque hayas cortado el cordón siempre habrá un elástico interminable que nos une, yo quería tener una nena y acá estás: "Mi nena Julieta" que me enseñó a ser mamá y luchar contra viento y marea para darte todo lo que podía. Pasaron los años y me diste otro título: abuela. Siempre digo que a vos te quiero pero a él lo AMO. Sos tan mamá, aprendiste a cocinar desde chiquita, siempre pegada. Yo con mi santa paciencia enseñándote, ayudándote con las tareas (¡cómo nos costaba matemáticas!) y el "Ma, Maa, Maa..." que hasta hoy me persigue. Vos sos luchadora, eso se mama, mi hermosa cocinera.

Siento que todo pasó lento o rápido, pero te crié, lo único que me siento culpable es porque estemos lejos, pero el teléfono nos hace sentir cerquita, hoy estoy en Mar del Plata. ¿Qué hago acá? Sólo el de arriba lo sabe pero quiero que sepas que estoy en paz, esa paz que tanto necesitaba. Acá conocí a una persona muy buena y tan distinto a lo que conocí, el día y la noche, hay que tocar fondo para no quedarse abajo, hay que tomar impulso y volver a salir a la superficie, creer en tus sueños, aunque te digan que no servís para nada, no creerlo y dar batalla.

Una escribe un libro día a día, el pasado son las hojas anteriores. De vez en cuando mirás tu presente, que son las hojas que escribís día a día y las hojas de adelante se escribirán en el futuro. Doy gracias a Dios por tantas cosas buenas y malas que pasé, porque de las malas aprendés para no volver a equivocarte y a las buenas las agradecés toda la vida y lo que yo creía que me faltaba, porque no me preocupaba, pensando que la vejez estaba lejos, cuando me di cuenta llegó. Un día dije: "Alguien pensó en mí y en tantas otras que les pasó lo mismo". Hoy lo veo como una recompensa a todo el esfuerzo de haber sido mamá y cuidarte hasta hoy.

(carta de Beatriz Olga Castillo, de 62 años, que nació en Morón y vive en Mar del Plata, a su hija).



Beatriz Olga Castillo



Ver el sol en la oscuridad

Elisabet Jiménez

Elisabet Jiménez trabajó desde los 14 años. Desde los 14 años. La repetición no es un error. Reitero: desde los 14 años. Hoy es considerado trabajo infantil. Sin embargo, no era considerado trabajo. A los 63 años, en agosto del 2021, pudo jubilarse por Tareas de Cuidado. Y después de trabajar desde los 14 años como cuidadora de baños o secretaria. Ahora tiene 64 años, 2 hijas y 2 hijos.

A los 25 años se casó con Pablo, a quien define como mi pareja-marido-compañero-amigo y amante. A los 26 tuvo a Soledad por cesárea. Le descubrieron un problema en el útero. “Casi voy a visitar al Diosito”, dice sobre la maternidad que también puede llevar al abismo de la muerte. “Estuve muy mal y después llegó Facundo, que tiene 34 años”. “Fue la piel de Judas”, sigue con las metáforas bíblicas. “Caminó a los 9 meses y, a partir de ahí, fue terrible. Con un corazón de oro y muy inteligente, pero no lo aguantaban ni en el colegio y me llamaban todos los días tanto en la primaria como en la secundaria”, relata. La madre recepcionista de quejas y reclamos es otro trabajo no reconocido. La próxima fue Luján, que tiene 33 años. Ella la define con una comparación celestial (fiel a su estilo): “Un ser de luz”. Su hija tiene un problema en los ojos por el que la diagnosticaron que se podía quedar sin visión a los 12 años. “Vendimos todo hasta que no teníamos más nada y la puse en las manos de la Virgen de Luján”, enfatiza creyente.

Y, cuando ella ya tenía 40 años, nació Valentín. “Por una mala praxis le hicieron una parálisis cerebral”, denuncia. Hoy tiene 23 años. “Con mucho trabajo y mucho amor logré recuperarlo”, se enorgullece. Además tiene 3 nietos por parte de Soledad. Elisabet los crió con Pablo mientras su hija trabajaba. “Tengo cuatro soles, tengo cuatro nietos que amo y con momentos buenos y algunos malos, pero seguimos en la lucha”, destaca en el balance de la vida.

Una niña cuidando niños

Norma Susana Higuera

Norma Susana Higuera nació en Balcarce. Fue la hija menor de 8 hermanos. No fue un dato menor. Cuando ella tenía 6 meses sus padres se separaron. “En los años sesenta el padre se podía quedar con sus hijos y no se iba a ningún tribunal, sólo lo decidía un comisario. Y, como yo tomaba la teta, el comisario decidió que me llevara mi madre”, traduce un código sin ley que separaba a los hermanos, decidía por la fuerza y dejó desamparadas a su madre y a ella. “Fue muy largo el camino para mi madre y para mí”, sintetiza. Después de la lactancia venía algo peor: comer.

“Mi madre cuando se separó tuvo que salir a trabajar para poderme dar los alimentos pero, para eso, yo me quedaba donde me pudieran cuidar”, detalla. ¿Cuidados? Eso que hicieron las mujeres sin ley, sin apoyos, sin justicia, sin reparos. Haciendo de todo y a cualquier precio. Norma también hizo de todo para sacar adelante a sus 2 hijas y sus 2 hijos: realizó tareas domésticas, fue albañil y repositora. Construyó su futuro. Y en diciembre del 2021, a los 61 años, se pudo jubilar por Tareas de Cuidado. Ahora puede vivir, con un piso de seguridad, la madurez. La infancia no la pudo disfrutar. “Fue muy triste mi infancia, casi no la tuve”, se lamenta. A los 9 años ya se mandaba sola, sin nadie que le diga que hacer ni qué no hacer, ni que la rete o la mime. “Por años mi madre estuvo trabajando afuera y yo me crié como pude”, resume. La historia dio vueltas y volvió a la sobrecarga de cuidados. “Cuidé a mi madre enferma que murió amputada por su diabetes, primero, de un talón, después otro pedazo de pierna, después toda la pierna y así hasta quedar con su tronquito”.



Norma Susana Higuera

La raíz de la desigualdad es el desamparo. Cuando ella era una niña trabajaba cuidando a otros niños. “Fui a trabajar a casa de unos puesteros de campo a cargo de dos preciosos niños, uno de 2 añitos y otro de apenas unos meses. Era una niña a cargo de dos criaturas como yo”, cuenta como si la historia fuera al revés de tanta falta de derechos.

“Crecí a los tropiezos”, apunta. La maternidad no es un tropiezo, ni tiene que ser mejor cuando es más organizada, pero a veces llega sin buscarla y, a veces, también trae dolores y duelos que no se olvidan. “A los 17 años quedé embarazada de mi primer hijo (hoy fallecido), me lo mataron poniéndole píldoras no sé de qué en una bebida, once días en terapia con muerte cerebral”, los cuenta como si le faltaran en cada día.

Norma se puso en pareja y tuvo 3 hijos más, pero los crió sola. “Fui madre y padre para ellos -subraya en la dualidad en la que se dividen los roles en la división sexual del trabajo familiar- tanto para llevarlos al médico y al colegio, solo estaba yo”. Y compara: “Hoy por hoy mis hijos están muy presentes con sus hijos”. También va del recuerdo al olvido y de la memoria al dolor y de la angustia a la alegría, la maternidad es un paseo en calesita, por sentimientos, soledades y sorpresas, en donde todas las emociones abundan. “No recuerdo el momento del parto porque a mis cuatro hijos los tuve por cesárea, pero sí traté de estar muy presente para ellos a pesar de que salía a trabajar fuera de casa”, se enorgullece y resalta: “Fue lo más hermoso que me pasó en la vida”.

Trabajar con y para los hijos e hijas

Carolina Asunción Araoz

Carolina Asunción Araoz trabajó en quintas de Tucumán, con cláusulas no escritas que están prohibidas: con sus hijos e hijas a cuestras y sin condiciones dignas de cuidados y trabajo. Pero la maternidad no puede esperar a que las leyes se cumplan y los derechos lleguen. Así que durante 20 años recogió la verdura para que otros la coman y lavó los platos en donde otras habían comido. A los 62 años se jubiló por Tareas de Cuidado. A los 63, con 4 hijas e hijos, 11 nietos y 2 bisnietos está feliz por haber accedido a la jubilación, impulsada por su hija que inició el trámite. Ella vive con su esposo y desea para otras lo que ella pudo lograr: “Quiero que otras madres puedan tener su jubilación”.



Carolina Asunción Araoz

Fue madre de niña y recién ahora pudo contar su historia sin llorar

Lucía Rosbelke

A los 13 años Lucía Rosbelke fue mamá. Una madre niña, en Misiones, que tuvo que enfrentar la madurez sin pasar por la adolescencia y la juventud. Después de su primera hija la maternidad siguió como una rueda en la que se da vueltas. “Vivíamos en una chacra y cuando nació mi tercer hijo mi pareja me abandonó”, relata. Cuenta su historia. Pero no es un cuento. Es su existencia trazada por el dolor, el desgarró y el abuso. Recién ahora la puede contar sin llorar.



Lucía Rosbelke

Cuando sus hijos crecieron, viajaron a Buenos Aires para trabajar. “Yo me vine detrás de ellos”, apunta. Trabajó como empleada doméstica para poder criarlos. “Hice, de a poquito, con ayuda de mis hijos, mi casa para terminar de criarlos”. “Volví a formar pareja y no funcionó porque había mucho abuso”, dice, con un dolor que no se borra. Se recuerda con las marcas. También con los frutos de la propia resistencia.

Ahora tiene 61 años. En noviembre del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Ahora soy jubilada, tengo 3 nietos y 5 bisnietos. Logré que mis nietos estudien, una es maestra mayor de obras y otro Licenciado en Seguridad e Higiene”, se enorgullece. Y destaca: “Siento satisfacción de haberme jubilado y de poder manejar mi plata. Me siento agradecida de que se reconozca lo que me costó la crianza de mis hijos”.

El Oscar de su vida

Carmen Victoria Mendiola

“Si no estudiabas tenías que ir a trabajar”, era la consigna que la puso en un callejón sin salida a los 12 años en donde, de chica, empezó a cuidar chicos o hacer changuitas. De ese callejón ella salió por arriba. A los 45 años terminó el colegio “para demostrarle a mis viejos que yo podía”. Fue madre soltera. Tuvo 2 hijos (Federico y Sebastián) a los que califica de “preciosos” y los dimensiona como “El Oscar de mi vida”. Un premio que vale más que el oro, la alfombra roja o las luces de las estrellas de cine. Y a los que valora: “Son dos hombres de bien, valió la pena luchar”. Y sube la apuesta: “Estoy enamorada de mis hijos, son lo que más amé en mi vida”. El amor a los hijos cubre otras falencias y la apuesta a la maternidad se vuelve luz en una vida plagada de injusticias: “No tuve muchas alegrías en mi vida”. Pero el amor de sus hijos le da alegría cuando le dicen “te amo tanto que no me cabe en el cuerpo”.

Carmen Victoria Mendiola tiene 62 años. Es de Mar del Plata y trabajó, durante 54 años, como empleada doméstica y en restaurantes del barrio Los Troncos, pero las cuentas que pagaban los veraneantes no pagaban su jubilación que se diluía entre las temporadas y los platos para servir o lavar, pero nunca para poder pensar en su futuro. Hay otra explotación que es todavía más grave que evadir el futuro de Carmen: el maltrato laboral. Ella tenía que soportar las agresiones y aguantar el llanto. Eso es violencia, no es trabajo. Pero también es la realidad de muchas mujeres a las que, encima, hasta ahora, no se les reconocía ninguna de sus tareas laborales.

Además de cuidar a sus hijos cuidó a su mamá con un tumor cerebral. “Me quedo muy tranquila porque cumplí como madre y cumplí como hija”, enfatiza. En agosto del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado, a los 61 años. En su rutina el despertador suena a las 6 de la mañana. Le gusta ir a la feria temprano “así charlo y me entretengo”, dice. Ahora, también, hace arreglos de costura en su casa “para darle gustos a mis nietos”, comenta y las enumera: Jazmín, Noa, Thiago y Mía.



Carmen Victoria Mendiola



Virginia Toledo

Si eras madre a los 15 te tenías que casar (y si sos jubilada a los 60 podés viajar)

Virginia Toledo

Virginia Toledo nació en Barker, un pueblito a 70 kilómetros de Tandil. A los 11 años se fue a vivir con su mamá, su papá y su hermano a Mar del Plata. A los 15 se quedó embarazada. No se quedó. La embarazaron, pero la costumbre dice “quedó” como si fuera ella la que se autoembarazara y el embarazador fuera un ente que no cuenta en la historia. O el embarazo adolescente una historia que solo se podía contar con casamiento. Su papá decidió que las cosas se harían a la vieja usanza y que se tenía que casar con su novio, de 20 años, 5 más que ella. A los 16 años, ya mamá, sus padres se separaron. Ella se fue a vivir con su mamá y su pequeña familia.

A los 18 meses de su hija y a sus 18 años nació su segundo hijo. Sin ser mayor de edad ya tenía 2 hijos a los cuales darles la teta, uno de cada una, pero completamente a su cuidado. El papá empezó a navegar y la maternidad naufragó en la ilusión de compartir insomnios, pañales y upas. Las madres jóvenes son siempre cuestionadas, por haber sido madres y por no ser suficientemente buenas madres, por eso están siempre en la mira. Eso impone la necesidad de demostrar y de no pedir ayuda a nadie para que no crean que se es menos madre por ser chica. A los 3 años llegó su tercera hija. “Jardín, colegio y un bebé por cuidar. Yo era muy chica, tenía 21 años y 3 hijos, recuerdo que salía en bicicleta con los 3. Después de 7 años volví a quedar embarazada. Tuve un varón, sola, porque mi marido tenía problemas con la Justicia y estaba prófugo, estuvo el día que nació mi hijo y se volvió a

ir cuando me dieron el alta. Volví sola a mi casa. Así fueron pasando los años, él cayó preso en Buenos Aires y yo me encontraba sola con cuatro chicos. A los dos años salió en libertad y volvió a la casa”, relata.

La libertad y la responsabilidad no son la misma palabra. “Yo me encargaba del cuidado de mis hijos y de llevarlos al colegio. A él nunca le vieron la cara, a tal punto que a mis hijos le preguntaban si era verdad que tenían papá”, desnuda esa ausencia paterna en el centro neurálgico de la sociabilidad en la infancia.

Pero la vida seguía y la maternidad también. “Cuando mi hijo más chico tenía 8 años nació mi quinta hija. Fue como volver a empezar, ya que la mayor ya tenía 18 años. Me costó acostumbrarme a tener un nuevo pequeño pero ya tenía la ayuda de mis hijos más grandes. Cuando la más chiquita tenía 18 meses me detectaron cáncer de cuello uterino. Fue devastador pensar que me podía morir y dejar a mis hijos, la chiquita aún tomaba la teta”.

Los dolores se acumulaban. “En ese tiempo cuidaba también a mi madre, que tenía cáncer de mama. Fueron dos años tremendos, se murió mi papá, estaba sola ya que mi único hermano estaba navegando y a los dos años de perder a mi padre, se muere mi mamá. Yo estaba operada de mi cáncer, me vaciaron a los 36 años, 56 sesiones de radiación y, para colmo, en pleno tratamiento, descubro que mi marido me engañaba”, enumera y exclama: “¡Dios, no puedo creer todo lo que me pasó!”.

“Obviamente decidí separarme, no soportaba la mentira ni la traición, pero dejé que mi ex se quede a vivir en mi casa. Él tenía su habitación arriba y yo abajo”, cuenta pero aclara: “No volví a reconciliarme con mi ex, ni lo pienso hacer jamás”. Se recuperó de la enfermedad. A los 51 años terminó el secundario y estudió, durante 3 años, Diseño de Indumentaria. Ahora trabaja de modista y vive en la casa que era de su madre, que es grande, con su hijo de 43 años, su hija de 39 con sus tres hijos y su nieto. O sea: a los 60 años y con bisnieto *all inclusive*. El día de su cumpleaños, su sobrina le regaló el turno en ANSES, en donde le dijeron que estaba apta para jubilarse. En enero del 2022 cobró su primera jubilación. Ahora su gran proyecto es hacer lo que más le gusta en la vida: ¡viajar! La verdadera libertad puede comenzar a los 60.

Una bisabuela que sabe poner límites para poder bailar

Carmen Beatriz Gómez

A los 15 años Carmen Beatriz Gómez fue mamá. El ritual de la fiesta que pretende presentar en sociedad a las chicas para casarlas, a ella la dejó sin rituales, sin transición y sin pases. De niña a madre. Y de mamá adolescente a joven madre por tres. A los 19 años tenía tres hijos. Y a los 34, cuando algunas recién lo piensan o empiezan a ser madres, tuvo a su cuarto hijo. Fue madre y abuela a la vez. Pero, diferencia: “Soy abuela, no abuelita”. Y, a los 63 años, ya es bisabuela.

“Los criamos como pudimos”, define. Y aclara: “El trabajo de los hijos nunca termina”. Siempre trabajó junto a su compañero de vida, desde hace 47 años. La maternidad sin apoyos la dejó sin estudiar. No pudo terminar la primaria. Por eso, ahora el apoyo por su trabajo de maternar le dio la posibilidad de la Jubilación por Tareas de Cuidado, en noviembre del 2021, a los 62 años. “Hoy con la jubilación soy más independiente”, subraya. Y también, con una vida puesta en criar desde que era chica, pone límites: “Mis hijos me tienen que preguntar si no salgo para dejarme a los chicos, a no ser que sea algo urgente o trabajo”. Una receta que se puede copiar para que ser abuela no sea sinónimo de disponibilidad plena. Y sí, de su gran pasión: bailar. La maternidad debe ser apoyada, pero no es, en su vivencia, una tragedia, sino una forma de vivir la vida: “Amo a mi familia y lo mejor son las reuniones”, remarca.

A portrait of Carmen Beatriz Gómez, an elderly woman with short grey hair, wearing glasses, a black jacket over a pink top, and a necklace. She is standing in front of a blue background with the ANSES logo. To her right, there are several green plants in pots.

ANSES

Carmen Beatriz Gómez

Una peluquería en el living como forma de resistencia a la violencia

Juana Vázquez

Se supone que los mandatos de las mujeres tenían dos licencias permitidas: estudiar peluquería y corte y confección. Vestirse y peinarse formaban parte de los deber ser femeninos, así como y vestir de los permitidos para que otras mujeres se peinen y vistan. Sin embargo, Juana Vázquez tuvo que escaparse para estudiar hasta lo que se le permitía estudiar a las mujeres. Sufría violencia y parte de la cárcel del machismo es atacar la salida laboral de las víctimas y la autonomía económica.

“Él descubrió que yo estudiaba y me persiguió para que dejara”, cuenta el horror. Ella pudo superar la persecución. “Resistí y puse una peluquería en el comedor de mi casa”, se enorgullece. Aunque también tiene el sabor amargo de acumular en la memoria las humillaciones y maltratos. “Venían clientas y me hacía pasar mucha vergüenza”, recuerda.

Ella pudo salir de la violencia y conoció a su actual pareja. Él ya tenía 3 hijas y ella 5 hijos e hijas. Criaron juntos a sus 8 hijos. “La convivencia con los 8 fue muy linda, hasta el día de hoy se llevan como hermanos”, se enorgullece. Se mudaron a La Matanza, provincia de Buenos Aires. Vendían pan casero y pan dulce. “Con eso me pagué el curso de profesorado de peluquería”, demuestra con la fruta seca de su esfuerzo multiplicado en deseos y pelos alisados u ondas para enseñar a moldear otras cabezas.

Desde ahí empezó a trabajar en academias. Además pudo hacer su propio emprendimiento de costura de guardapolvos con el programa Argentina Trabaja. Pero la idealización social de las madres no incluye lo que no se dice: las reuniones de padres que son, en realidad, en su mayoría, para madres, en horarios que suponen que las madres no trabajan, la vuelta de la escuela cuando las tareas recién empiezan, las idas y vueltas, las meriendas y las cenas y un destino que para muchas es el único hueco: la traspasada cuando las chicas y chicos duermen y la casa está en silencio, mientras los ojos se afinan por el sueño, la espalda se arquea pero el sacrificio no encuentra final ni tregua.



Silvia Marta Gallo

Cocineras argentinas

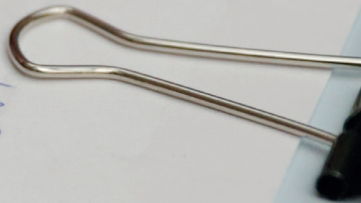
Silvia Marta Gallo

Silvia Marta Gallo se casó joven y tuvo 5 hijos e hijas. Vive en Magdalena y accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado en octubre del 2021, a los 62 años. Ahora tiene 63 y disfruta cuando sus hijos la van a visitar. “Ya son todos grandes, pero todo el sacrificio que se hizo tiene su fruto, son grandes personas”, rescata. Y valora: “Para mí ser madre fue hermoso”. Y reunirse en familia es su propia celebración. “Cuando vienen les hago las comidas que les gustan. Soy feliz que vengan”.

ANSES

LA PLATA
LUGAR

... y hijos. Los educados
... años TAMBIÉN CAJE GANAN
... a. lo probable...

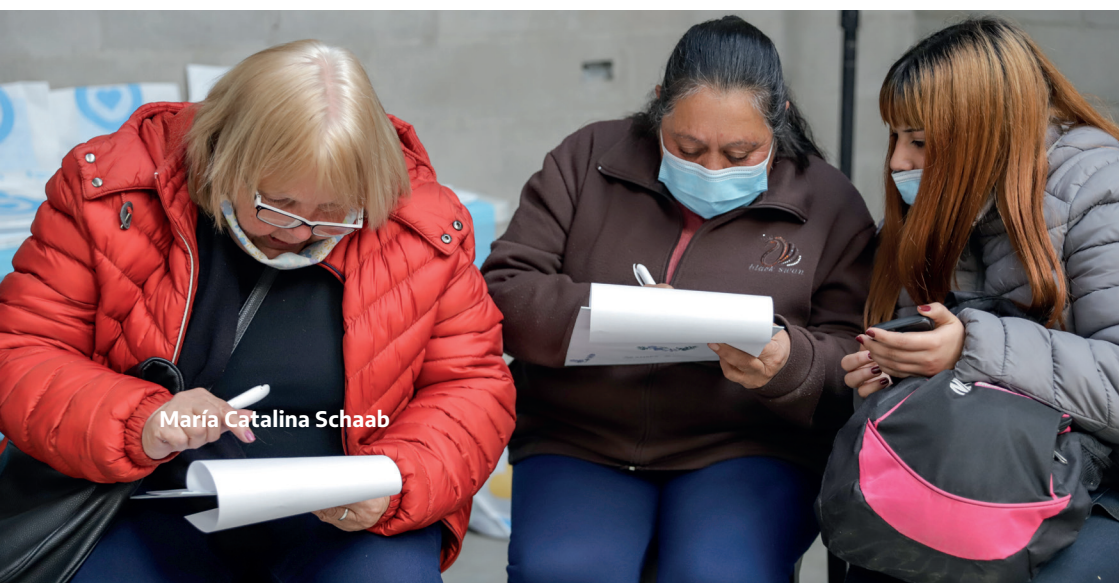


Paletear con otras como forma de solidaridad

María Catalina Schaab

“Yo me siento feliz con la familia que formé junto a mi esposo, tuvimos 6 hijos hermosos, luchamos mucho para darles educación y estoy orgullosa de mis hijos”, valora. Y, al mismo tiempo sufre, por el duelo que late entre la tristeza y la nostalgia por una vida que recuerda con añoranza: “Tuve la desgracia de perder a mi marido”. De todos modos, ella vuelve a ser positiva como forma de enfrentar la vida: “Tengo una familia hermosa, numerosa pero unida, orgullosa de ver a mis hijos siguiendo el ejemplo de su padre en el deporte”. Él jugaba al paddle y sus hijas e hijos también juegan. Por eso, ella disfruta de verlos los domingos y compartir todo en familia.

“Agradezco que me pueda jubilar por tareas de cuidado”, remarca María Catalina Schaab, de 65 años. Nació en Entre Ríos y vive en Pilar. Tiene 6 hijas e hijos. Fue empleada y accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado en octubre del 2021 a los 64 años. Pero, además, se puso a ayudar a otras mujeres a que conozcan sus derechos y sepan que, con esta nueva normativa, también podían jubilarse y ser independientes de sus maridos, sus hijos e hijas y de otras asignaciones básicas.



María Catalina Schaab

Los caramelos de los Reyes Magos

Nilda Ester Oroná

-¿Qué comemos, mami?, preguntan en el grupo de Whatsapp.

Y surgen las propuestas. Pero hubo una época que, ante esa pregunta, no había ni comida ni como contestarla.

“A veces no tenía qué darles de comer”, recuerda. Y los vestía, pero sin gastar. “Con ropa de mis vecinas”, especifica.

Las Fiestas eran un tormento en donde la única solución para los camellos era anticiparse a comprar caramelos para no dejar las esperanzas vacías: “Cuando venían los Reyes Magos, yo les ponía caramelos para los camellos, como para que tuvieran algo. Lo mismo para el Día del Niño: un mes antes empezaba a comprar de a 2 o 3 caramELITOS para esos días”, recuerda la estrategia de supervivencia.

Nilda Ester Oroná, de 62 años, nació en La Plata y vive en Olmos. Tiene 7 hijos y 5 nietos. Durante 40 años, cuidó a personas mayores, lavó ropa y planchó. En diciembre del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado gracias a que, en un viaje en micro, su amiga Silvi le dijo que estaba la posibilidad de poner en valor los años dedicados a la maternidad. “Estoy feliz porque no pensaba jubilarme tan rápido. Fue un cambio total para mí tener plata en la mano y ahora estoy arreglando, de a poquito, la casa”, destaca.

Se quedó viuda cuando sus hijos más grandes tenían 3 y 7 años. Los crió y cuidó sola. Lavó, planchó, limpió. Recibió la ayuda de las vecinas que, a veces, le acercaban un plato de comida. Otras veces tenía que disimular el hambre y la escasez y hacía agua con azúcar porque no tenía ni para comprar saquitos de té.

Terminó el secundario a los 28 años. Ella estudió y se ocupó de que sus hijos estudiaran. Ahora ellos trabajan. “Sigo sola”, cuenta ella, que envió. Pero no está sola. “Me aferré a mis hijos y nietos que son mi mundo”. Sus días favoritos son los cumpleaños y los domingos. Esas reuniones compensan el agotamiento

Ahora más madres pueden jubilarse

Reconocimiento de aportes por tareas de cuidado

Nilda Ester Oroná

de años. “Me costó mucho criarlos, los llevaba a la escuela, a entrenamiento y los sábados estaba en la cancha”. Y, Esa maternidad DT no para: “El más chico ahora tiene 18 años y lo sigo acompañando”.

En su cumpleaños le regalaron un día de peluquería. No es sólo un peinado, sino una recompensa. “Ellos son mi mundo y mi vida entera”, valora.

Y aconseja: “A las madres les digo que nunca bajen los brazos, que luchen por sus hijos y que el día de mañana ellos se lo van a agradecer”.

Y los nietos más: “Cuando vienen mis nietos, son la alegría de mi corazón, los amo con toda mi alma. Son todos mi tesoro eterno”. A ella no le gusta estar sola en su casa, que le parece que le queda grande. Por eso pone música, prende la televisión y sale a hacer los mandados. A la tardecita, cuando ya terminó las tareas, y le viene un poco de nostalgia, les pregunta cómo están o les hace una videollamada. Pero lo que más le gusta es cuando la visitan. “Si tengo a un solo hijo en casa ya siento la casa llena”, ejemplifica.

La consejería no es autoayuda, ni lecciones desde arriba, es un manual de supervivencia con la alegría como bandera: “A la edad que tengo es mejor tener el corazón alegre para disfrutar de mis hijos y de mis nietos. No quiero volver a la tristeza, porque los recuerdos no valen de nada. Ojo, es lindo recordar, no te digo que no, pero a la vez los recuerdos no valen de nada porque si hay un recuerdo y podés vivir lo que perdiste, que volvería mil años atrás. Pero como no es así, entonces, miro a mis hijos y sigo adelante”. Y hace de su historia una arenga social: “Les pido a las mujeres, a todas, que nunca bajen los brazos”.

El ritual de las milanesas con puré

Adriana Errecart

Sus nietos salen del colegio y van a comer a su casa. ¿El menú preferido? Un clásico imbatible: milanesas con puré. “¡Les encanta!”, define orgullosa Adriana Errecart. Tiene 62 años. Nació en La Plata y vive en Magdalena. Tiene 8 hijos (6 mujeres y 2 varones). Trabajó en su casa y de comerciante. En octubre del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado.

Si un hijo es trabajo y con dos no alcanzan las manos: ¿Cómo se hace con ocho? ¿De dónde salen los 24 brazos? No es una mamá pulpa, pero Adriana valora: “Fue muy lindo criarlos, siempre con el apoyo de su padre. Pudo haber mucho sacrificio cuando eran chicos, pero disfruté mucho de darles tanto amor y educación”. La jubilación no la disfruta ella sola: sus hijas e hijos y nietas y nietos también. “Están felices que me pude jubilar y disfrutar de tener mi ingreso. Ojalá todas las mujeres puedan tener su jubilación como nosotras”.

No hay que creer que se puede con todo

Yolanda Cherey

“Yo pensaba que podía con todo, pero no es así. Ahora que me jubilé me siento más tranquila”, filosofa Yolanda Cherey en una frase que es un freno para la sobreexigencia de muchas mujeres, a las que se invisibiliza tanto lo que hacen que consideran que tienen que poder con más de lo que pueden y sufren las consecuencias. “Toda la vida esperando y ahora siento una recompensa”, evalúa Yolanda.

Ella nació en Concepción, Corrientes. Tiene 60 años y 2 hijas (Erica y Yamila) y 1 hijo (Maximiliano). “Son lo que más quiero en la vida”, destaca. Y dice, aunque acepta que le cuesta: “Estoy orgullosa de ellos”. Y apunta: “estoy orgullosa y disfruté crecer junto a ellos”. Trabajo de costurera. Accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado en septiembre del 2021. Vive en Pilar y deja un deseo para otras mujeres: “Que puedan tomar sus propias decisiones”.

Sufrió violencia de género y aprendió a decir “basta”

Mónica Josefa Oraná

Mónica Josefa Oraná tiene 62 años. Vive en Pilar. Tiene 5 hijas e hijos. Trabajó haciendo tareas domésticas en otras casas y en su casa además acompañando, criando, cuidando y disfrutando de una hija con discapacidad, Rosario, de 18 años, con síndrome de Down. En septiembre del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. No es una reparación formal, pero también es una forma de comprender que la crianza implica una sobredosis de sacrificio y que la vida familiar para muchas mujeres genera una violencia que no se tiene que aguantar, ni soportar, en pos de la maternidad.

“He pasado gran parte de mi vida en una situación de violencia de género. Todo esto, así como me dolió, me ayudó a aprender y a valorarme, a decir “basta” y esto no lo quiero para mí”, grafica. Y promueve: “Ojalá que muchas mujeres puedan contar con apoyo familiar o institucional para seguir luchando porque siempre hay una puertita donde ser ayudadas”.

Ella siente que se postergó y ese no tiene que ser un postulado, pero si el Lado B está claro, también lo está, para ella, el para ella, el Lado A de la maternidad: “Cada uno de mis hijos tiene personalidades distintas, pero apoyar a todos con sus defectos y virtudes y luchar día a día por ellos y ver sus frutos es tan gratificante”, exclama. Y se gratifica: “Ver cómo una va cosechando lo que siembra es hermoso y da muchas fuerzas para seguir”.



Yolanda Cherey



Mónica Josefa Oran 



Adriana Errecart

El camino hacia la jubilación

Graciela Rosa Osuna

Tenía 12 años y era una niña. Ahora la mayoría va a la escuela, en séptimo grado preparan su viaje de egresados a Córdoba, Sierra de la Ventana o Tandil. Planean si quieren ir a un industrial, un bachillerato, una escuela de artes u oficios o un comercial. Se ponen un buzo que dice “Egresadxs” y hacen una fiesta de fin de año. Graciela no vivió ni viajes, ni planes, ni fiestas, ni buzos. Tuvo que ir a trabajar de empleada doméstica a servir y limpiar, planchar y lavar, cocinar y trapear. Vivía en Rosario y no había opciones para lo que hoy es considerado delito: trabajo infantil. La vida no se puede retroceder, pero el Estado sí puede reparar ese trabajo injusto y no reconocido.

Ella no fue al colegio. Aprendió a leer y a escribir sin maestras. Se puede decir autodidacta o deletrear cómo saber enfrentar las adversidades. Conocía apenas algunas letras del abecedario y aprendió a escribir ya en la adolescencia, cuando se fue de su casa y tenía que escribirles por carta a sus padres, para avisarles que estaba bien. “Nada más”, dice. Nada menos. Pero las marcan quedan: en vez de escribir su historia prefiere hablar. La palabra tiene la tinta de su garganta y el cuerpo de una mujer que supo afrontar la vida y que ayuda a afrontarla a los demás.

A los 62 años, medio siglo después de su primer trabajo, Graciela Rosa Osuna (Chela) se pudo jubilar en agosto del 2021. A los 63 años cuenta su historia y, también, cuenta al menos, con ese refugio. Trabajó durante 40 años en lo que define como “servicio doméstico”. Pero nunca sus patrones le hicieron aportes. “Siempre trabajé en negro y llegué a la jubilación por esta medida”, explica.

También trabajó en la tarea de criar, cuidar, limpiar y maternar. A los 16 años se fue de Rosario con un bolsito muy chiquito, tan chico como sus pertenencias y sus derechos y con su futuro marido, que tenía 27 años. A los 18 años fue mamá por primera vez de una hija, en el barrio en donde no había agua, ni luz y tenía que criar con frío o calor, a oscuras, sin televisión y en una piecita que define de 2x2.

La madre de todas las batallas

A los 24 nació su segunda hija. Después se multiplicaron los hijos, las redes y los problemas. Tuvo 4 hijas e hijos. Trabajaba limpiando una escuela para que sus hijos e hijas pudieran estudiar y, después, cuando se terminó esa posibilidad fueron a una escuela pública. Llevaba a sus hijas/os a comedores para que les dieran un plato de comida. Ella, muchas veces, no comía. También recibía ropa y zapatillas. Si los colmos existen, en la inundación lo que tenían se les arruinó.

“La Jubilación por Tareas de Cuidado es una barbaridad de buena, es algo que nunca se hizo y nos reivindica a las madres y a las que trabajamos en negro, implica que te reconozcan, después de pasar miles de problemas”, enmarca. “Yo creía que no había hecho nada y ahora me doy cuenta que hice mucho”, evalúa.

No se tiene que devolver lo que se recibe, pero ella ayuda como una forma de cooperación con las que saben que la pasan tan mal como ella la pasó. Ella ayuda junto con su hijo del que está orgullosa y con el que más habla de política (ella milita desde los 24 años) y al que le dice: “Sentate pibe que hay algo que no entiendo y quiero entender”. Él se sienta y charla pero la frena: “Bueno mami, ya es demasiado, quedamos que hablamos 10 minutos por día de política”.

Está orgullosa de su hija que tiene 24 años y estudia abogacía y periodismo. También está satisfecha de la educación que les dio: “Les enseñé a vivir honradamente y aunque nos faltaba todo, nunca los mandé a pedir ni a comprar con pocas monedas. Siempre ponía la cara yo para pedir ayuda”, remarca. Hoy tiene un comedor. Ella puede trabajar porque se le reconoce su trabajo como mamá y otras mamás pueden comer y dar de comer gracias al trabajo de ella que no frena y que es fundamental: “En un barrio muy humilde, con mis hijos y con todos los que podemos, contenemos a los chicos para que no salgan a joder a los de más allá, porque quieren tener lo mismo que otros pibes y, por ahí, se pueden mandar una macana”. “Yo no me resentí y no quiero que los chicos se vuelvan resentidos”, remarca.



Graciela Rosa Osuna

El nombre de la victoria

Victoria Beatriz Hayón

“Mi nombre es Victoria y en honor a mi nombre me jubilé cuando ya creí que mi vida estaba terminada”, comienza a relatar Victoria Beatriz Hayón. Tiene 62 años. Nació en La Plata y vive en Berisso. Tiene 5 hijas/os. Trabajó en su casa y, durante 10 años, realizó tareas domésticas en casas ajenas. En octubre del 2021, a los 61 años, accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado.

La palabra “victoria” tuvo épocas de miedo, resistencia, derrota y supervivencia. “Viví 40 años con mi pareja que fue preso político en los años de dictadura”, relatando un pedacito de la historia que fue terrorismo de Estado y también dolencias internas. Sobrevivían con lo que podían y con la fuerza de la clandestinidad hecha apuesta de vida. “Yo amasaba y él vendía lo que yo hacía con café en la calle”, recuerda.

Juntos era difícil, pero sola se le vino el mundo abajo. “Cuando falleció mi compa yo ya estaba enferma y sin dinero creí que todo estaba terminado”, explica. La jubilación no fue solo una alegría, fue un remo para seguir apostando a la vida: “Al poco tiempo de la muerte de mi compañero me enteré de la jubilación de cuidados, no pude más de alegría, en un mes y medio y sin abogado tuve mi jubilación. Al sentirme manejando mi dinero pude darme cuenta la fuerza interna que hoy disfruto, saliendo con mis amigas, viajando, conociendo lugares, gente y enseñándole a mi hija Carla a poder ser madre y sentir libertad, a mi hijo Javier que estoy de pie y fuerte, a mi hijo Daniel que mamá sabe decir “te amo” y poner límites, a mi hijo Facundo que su esposa y madre de sus hijos también es mujer y a mi hijo Nicolás que estoy orgullosa y repleta de libertad”, enumera.

La vida puede ir más allá del horizonte y los viajes de las jubiladas son una forma de placer y también de extender la mirada. Ella ya visitó Los Toldos, Tigre, Punta Indio. Pero tiene un sueño, bah, muchos, tan grandes como Argentina y sus puntos cardinales: “Me encantaría conocer de norte a sur, de este a oeste, mi Argentina querida”. Eso sí, en cada rinconcito, quiere probar su debilidad: las achuras. Viajar es también saberse más fuerte de lo que se creía...

El trabajo de la maternidad no termina nunca

María Luján Amezttoy

Cada vez que sus hijos hacían algo o no lo hacían (no llamar para avisar que habían llegado bien, enojarse o reclamar) ella les decía: “Ya van a ver cuando tengan hijos”. La profecía se cumplió y María Lujan Amezttoy lo festeja. Ella tiene 60 años, es mamá de 3 hijos, vive en Mar del Plata y accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidados, en agosto del 2021. “Me siento reconocida e independiente por primera vez. Igualmente, cuidar es un trabajo que no termina nunca: tengo 43 años de hacerlo y sigo”, destaca. Y bromea: “Creí que mis hijos eran lo más importante de mi vida... me equivoqué: ¡Son mis nietos!”.

El sueño de jubilarse para vivir entre plantas

Mónica Foschi

Mónica Foschi iba a visitar a su tía Rosa a Del Viso, provincia de Buenos Aires, y decía que se iba a mudar al mismo barrio cuando se jubilara. Trabajó durante 30 años como instrumentadora quirúrgica y esterilizadora. Quería más tranquilidad y vivir entre plantas. Concretó su sueño y se fue de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para vivir en Pilar. Tiene 64 años y 4 hijos e hijas y 6 nietos. En octubre del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Hoy tengo un pasar tranquilo junto a los míos, muchas plantas y cosas para hacer, cuando tenga ganas y sin apuro”, que para apuros, ya estuvo la vida adulta y esta etapa se trata de disfrutar con más tiempo y menos exigencias.

“Le dediqué parte de mi vida a mis hijos. En el momento de tenerlos y amamantarlos, me hicieron sentir plena y feliz, inmensamente feliz. Cada uno de ellos fueron creciendo y transformándose en hermosas personas que me hacen disfrutar a mí de bellas familias. Los amo profundamente y amo a mis nietos que son una parte de ellos. Tengo una vida plena junto a mi esposo y a mi mamá (de 90 años)”, se alegra.



Victoria Beatriz Hayón



Susana Mabel Galván



María Luján Ameztov



Mónica Foschi

Salir de la violencia para tener una vida mejor

Susana Mabel Galván

Susana Mabel Galván estuvo en pareja, durante 20 años, con un hombre violento. Ella tiene 5 hijos/as, 22 nietos, 4 del corazón y 8 bisnietos. Él no era el papá de su primera hija (que ahora tiene 43 años) y la reconoció. Solo trabajaba de vez en cuando. Ser víctima de violencia de género es una experiencia dura de la que logró salir, después de dos décadas, y armar una vida mejor. “Pensé que era lindo casarse y fue lo peor que hice en mi vida”, resume cómo los mandatos femeninos pueden ser un *boomerang*. Tuvo 4 hijos más y no se arrepiente. Aunque, según sus palabras, tuvo que ser madre, padre, tía y abuela. Todos los roles sobre su cuerpo y su cuerpo sin ser respetado por el padre de sus hijos.

Abrió un comedor porque no tenía para darles de comer a sus hijos e hijas e iba y volvía de la escuela a su casa, casi sin descanso. Después de golpes e insultos durante 20 años, se separó. Ella tenía que pedir zapatillas para sus chicos porque si él se las compraba no los dejaba pisar, ni arrodillarse, no podían jugar ni a la rayuela. La injusticia era absoluta. “El salía con sus amigos a divertirse y yo me quedaba en casa, con una pollera larga, sin poder divertirme”, rememora.

Ahora tiene una pareja nueva, con la que no tiene hijos y logró armar una vida mucho mejor. “Es una maravilla de persona el hombre que está ahora al lado mío”, destaca. Tiene 61 años, vive en Mar del Plata, trabajó cocinando pescado y cobrando por hora y accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado a los 60 años. Le sale la palabra “gracias”, pero, por sobre todo, es un ejemplo de que la vida da nuevas oportunidades y que el machismo no es nunca el último puerto donde quedarse por miedo a navegar hacia otros rumbos.

El reparo después de una necesidad

Amparo Rodríguez

“Después de tanta necesidad hoy puedo tener mi jubilación”, destaca Amparo Rodríguez. Ella tiene 63 años. Nació en Entre Ríos. Tiene 8 hijas e hijos y 1 hija más que ya falleció. Trabajó como empleada doméstica. Pero se pudo jubilar gracias a la Jubilación por Tareas de Cuidado en abril del 2022. Su hija mayor tiene 44 años, es enfermera profesional y uno de sus orgullos. “Todas mis hijas son muy trabajadoras y los hombres también, con un corazón muy sensible”, valoriza. Y se alegra: “Hoy tengo a mi amada hija, la más chiquita, Micaela”. En su balance hay dolores y alegrías, pero la jubilación es un símbolo de reparación “después de haber pasado momentos muy feos en la vida, de tanta escasez, hoy puedo darle gracias a Dios y a ANSES de tener jubilación. Soy feliz”.



Trabajadora multirubro desde la panadería a la peluquería

Mónica Luchetti

Hizo masajes. Vendió pan. Atendió el teléfono en una oficina. Ofreció casas para alquilar en una inmobiliaria. Arregló el pelo en una peluquería. Mónica Luchetti trabajó de todo en un montón de lados. Pero se pudo jubilar, en marzo del 2022, gracias al empujón de la Jubilación por Tareas de Cuidado. “Yo veía muy lejana, casi imposible, la jubilación, porque la mayoría de mis trabajos no fueron en blanco y porque me dediqué a la hermosa tarea de ser madre y ahora disfruto de este reconocimiento”, resalta.

Ella se casó a los 24 años. Su sueño era ser mamá. Pero perdió 2 embarazos. Tuvo otros 3 embarazos en los que tuvo que hacer 6 meses de reposo para que nazcan sus hijos. “Fue muy difícil mantener un trabajo porque debía renunciar cuando quedaba embarazada”, explica la clave de por qué el trabajo y la maternidad no son compatibles sin derechos, amparos, responsabilidad empresaria y cooperación entre varones y mujeres.

Y, de todos modos, Mónica se la rebuscaba para que la alcanzía -un término arcaico pero que da nostalgia de juntar monedas- no quedara vacía. “Hacía baberos y ropita para niños y vendía”, detalla. No se quedaba quieta ni se resignaba. “Estudié peluquería e iba a domicilio”, cuenta entre el trabajo de bordar baberos y hacer brushing o color entre pinceles y boletines escolares, la merienda y la cena. Eso sí: ella tiene algo que festejar. “Así pasaron los años, junto a mi compañero de vida, que es el mejor padre que pude haber elegido”, subraya. “Criamos a nuestros hijos: Romina (32) Lucas (28) y Karen (26). También tenemos a Uriel, nuestro nieto, que es lo más”, lo ensalza.

Una historia dramática con final feliz

Fátima Daccordi

Fátima Daccordi nació en Salta. Trabajó como secretaria, en administración, en informática y en YPF. Accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado en junio del 2022. “Mi historia es dramática, pero con final feliz y ojalá siga así”, equilibra. “Me tocó cuidar, acompañar, apoyar, ayudar, primero a mi esposo, que atravesaba una leucemia crónica”, comenta. Y apunta: “En ese proceso, abrazó por primera vez a mi hijito amado, soñado y esperado, un 25 de mayo. Todo su primer añito de vida estuvimos prácticamente solos porque su papá viajaba por salud o por trabajo y nos veíamos los fines de semana”, relata.

En los noventa la privatización la dejó afuera de YPF y la maternidad full life no era compatible con trabajos exigentes y poca red de cuidados. En 1992 su esposo necesitaba un trasplante de médula ósea. El trasplante fue el 13 de marzo de 1993, en el Hospital Naval. “Mi esposo no tenía posibilidades de vida, sin embargo, gracias a su fortaleza, a Dios y a los doctores, empezó su segundo nacimiento”, relata. “Nuestro hijito, de apenas tres años, fue la luz para su recuperación. Se veían de lejos hasta que una tarde me permitieron entrar con él a visitarlo. No lo podíamos tocar, era todo a través de un vidrio y un teléfono. Sus manos juntas, en el vidrio, de un lado y de otro, fue el milagro de la vida nueva”.

Su esposo fue un gran compañero según sus palabras, pero por problemas de salud, ahora también cuida a su hijo de 32 años. “La tarea seguirá conmigo hasta mi último aliento”, pronostica. Y agradece: “Gracias vida por mi amado hijo, gracias por estar aquí y ahora, gracias por estar viva y con ilusiones. La jubilación llegó como un lindo premio y reconocimiento a tanto esfuerzo que hemos hecho y, ahora, a disfrutar y viajar. Solo me queda decir gracias porque me siento incluida y me hace feliz”.

Los padres presentes son un deseo

Silvia Luján Perea

Silvia Luján Perea nació en Salta. A los 60 años vive en Olmos, provincia de Buenos Aires. Tiene 5 hijas e hijos. Cuidó a adultas/os mayores y a sus hijos e hijas. En agosto del 2021 accedió a la Jubilación por Tareas de Cuidado. A los 18 años fue mamá. Tuvo a su primera hija sola y dice que aprendió como pudo. Salía a trabajar con la bebé hasta que consiguió una guardería municipal. Cuando cumplió cinco años se casó y su marido fue el papá del corazón. Después tuvo 4 hijos más. Ahí dejó de trabajar para cuidar a su familia. “Fui una madre feliz pero me costó la crianza de mis hijos”, define. Por eso, remarca: “Mi deseo a todas las madres es que puedan criar a sus hijos con ayuda del padre”.





Edi Molinas

De sumisa a disfrutar de la vida con una pareja 20 años más joven

Edi Molinas

Edi Molinas estuvo casada con un hombre muy machista que la alejaba de su familia, sus amigas, su propia vida y que la hacía sentir fracasada. Él le decía “Vos no servís para nada”, “no tenés ni una bicicleta para criar a los chicos” y, si salía, la acusaba: “vas a ver a otro”. Y lo peor era enterrarla en vida: “Nunca vas a lograr nada”. “Me puse dura y empecé con todo”, explica/sostiene/dice. Su vida cambió completamente. Ahora tiene 62 años y su pareja tiene 42. Sacando cuentas, tiene un novio 20 años menor.

“Mis hijos lo re aceptaron por cómo me trata”, destaca. Y no es un amor pasajero, ya llevan juntos 17 años. “Por suerte estamos re bien y yo soy la que comando la familia. Te da fuerzas tener una pareja que te acompaña y que te alienta a arreglarte y ponerte linda”. La diferencia es abismal. Cuando sufría violencia si se maquillaba era porque “iba a ver a otro macho”, según sus palabras. “Si seguía con él estaría en mi casa sometida y solo cuidando a los nietos”, repiensa.

La opresión era tanta que él le dejaba plata arriba de la mesa y ella tenía que arreglarse con eso, sin pedir, protestar ni salir a buscar dinero. “Tuve suerte de poder tener otra pareja, pero la suerte también depende de una”, sube la apuesta. Otra lección contrasta la idea de “Ya estoy jubilada, estoy vieja”. “No, yo me voy de viaje, me voy a comer, salgo”, enumera. Y aconseja: “No hay que cerrarse en el mundo”. En su casa ella pone música, baila y grita de alegría. Y cuando cobra la jubilación sale a pasear con sus nietos. “La jubilación es una ayuda muy grande para las que hemos pasado las mil y una, desde gritos hasta insultos”.

Ella se separó en 1991, en “plena malaria” noventista. Se siente orgullosa y le enseña a las chicas jóvenes que no aguanten. “No lo perdonen. Te va a hacer la primera y te la va a seguir haciendo”, ejemplifica. “Yo era la sumisa, la sirvienta, la esclava, la que se vestía con una camisola larga porque no me dejaban ponerme un jean. Si me encontraba pastillas me las tiraba y me daba un cachetazo o piñas en la panza porque creía que yo tenía que estar todo el tiempo embarazada. Ahora veo para atrás y no sé como toleré tanto”.

Ella se toma respiros de su tarea social que, también, es alentar a las mujeres a que no admitan la violencia, no perdonen y no vuelvan con quienes las agreden. Ella atiende un comedor. Sabe lo que es pedir. Y sabe lo que es ayudar y enseñar a que las nuevas generaciones sean solidarias: “Yo les digo a las madres que cuando no tengan para comer vengan porque yo sé qué es pasar por eso y algo van a tener para comer. Mis hijas y mis nietas también salen corriendo a repartir leche”.

El pedido a la luna llena que se cumplió

Liliana Beatriz Casas

Liliana Beatriz Casas le pidió a la luna llena 3 hijos. Tiene 3 hijos. Y se los agradece a la luna. Vive en Magdalena y tiene 62 años. Cuidó a sus 3 hijos y limpió su casa cuidando a otros hijos e hijas de otras madres y limpiando otras casas. Los cuidados multiplicados le devolvieron un fragmento de su esfuerzo en octubre del 2021, a los 61 años, con la Jubilación por Tareas de Cuidado.

A Liliana le costó mucho ser madre. Tal vez por eso, lo valora tanto: “Es lo más lindo que te puede pasar”. “Estuve mucho tiempo con tratamiento hasta que una doctora me dijo que me vaya de vacaciones y le hice caso. Me fui a conocer a la familia de mi marido y mi suegra me llevó a la casa de la señora del pueblo que curaba el hígado. Ella me dijo que le pida a la luna llena y le hice caso. Le pedí 3 hijos y me mandó 3 y tuve la bendición de quedar embarazada de mi primer hijo. Fue el día más feliz de mi vida y le di gracias a Dios por mandarme un hijo tan esperado. Y luego vinieron mis hermosos otros 2 hijos. Es lo más hermoso que me pasó y los crié con la ayuda de mi amor, Raúl, mi compañero hace cuarenta años, que nos cuida”.

Liliana cuenta que uno de sus hijos se enfermó a los 8 años. “Lo saqué adelante después de estar 3 años en silla de ruedas”, cuenta y argumenta: “Las madres siempre hacemos lo imposible para verlos mejor”. Por eso, cree que la posibilidad de mantenerse es una retribución justa: “Estoy muy contenta con el reconocimiento a las mujeres con la jubilación después de tanto trabajar y el esfuerzo de todos estos años”.



Liliana Beatriz Casas

La madre
de todas
las batallas



ANSES

En cada etapa
de tu vida

anses.gob.ar



Atención Virtual
anses.gob.ar/av

Descargá la APP
mi **ANSES**



/ansesgob

130

Todos los trámites son gratuitos.



En cada etapa
de tu vida

ANSES

[anses.gob.ar](https://www.anses.gob.ar)



Argentina
Presidencia